

Forzar la memoria

El año 1968 en dos revistas comunistas

To force the memory

The year 1968 in two communist magazines

Jaime Ortega Reyna

La actuación del Partido Comunista Mexicano (PCM) durante 1968 ha sido abordada de forma canónica a partir de diversos testimonios de los representantes estudiantiles. Una amplia literatura en los últimos años ha buscado desentrañar el peso y el papel de la organización comunista en aquel año. Como parte de ese proceso, lo que aquí se propone es captar la recepción de los acontecimientos de 1968 en dos de las formas culturales de la tradición intelectual comunista: las revistas *Historia y Sociedad* y *Nueva época*. Ambas fueron espacios de expresión de los efectos del 68, tanto en su dimensión nacional —estableciendo definitivamente la crítica de la Revolución mexicana— como en la global —en su crítica a la invasión a Praga—, mostrándose un momento de inflexión en la cultura política de los comunistas.

Palabras clave: 1968, movimiento estudiantil, comunismo.

The action of the Mexican Communist Party (PCM) during the year 1968 has been evaluated from various testimonies of student representatives. An extensive literature in recent years has sought to unravel the role of the communist organization in that year. As part of this process, what is proposed here is to capture the reception of the events of 1968 in two of the cultural forms of the communist intellectual tradition: the magazines *Historia y Sociedad* and *Nueva época*. Both magazines were spaces of expression of the consequences, both in its national dimension —definitively establishing the criticism of the Mexican Revolution— and in the global one —in its critical position of the invasion of Prague—, showing a moment of inflection in the political culture of the communists.

Key words: 1968, student movement, communism.

Fecha de recepción: 11 de julio de 2018

Fecha del dictamen: 7 de septiembre de 2018

Fecha de aprobación: 2 de octubre de 2018

Uno de los vínculos más complejos para la reconstrucción de las múltiples aristas que supone el estudio del año 1968 en México es el de la relación del movimiento estudiantil con las distintas vertientes de la izquierda, particularmente de la opción denominada como “clásica” o “tradicional” en el espectro político: el comunismo. No ha faltado un cierto sentido común que, en un ánimo de identificación con los sucesos de París, señale la incongruencia del comunismo partidario para con las movilizaciones de masas de la época. Ciertamente es que dicha fuerza, tanto en Europa occidental como oriental, estuvo o bien alejada o bien enfrentada con las energías de la irrupción estudiantil y en gran medida fue un elemento de contención de algunas manifestaciones de las clases subalternas. En México, sin embargo, el caso es sensiblemente distinto.

Existe entonces una necesidad de reconstruir los vínculos, los posicionamientos y los planteamientos que surgieron a partir del 68; teniendo como referentes no sólo las producciones de los antiguos representantes o dirigentes estudiantiles, que es un trazo clásico de lo que Susana Draper denomina como la forma jerárquica del recuerdo (2018:28), que o bien se alejaron del Partido Comunista Mexicano (PCM) o bien surgieron al calor del movimiento, sino también la producción de aquella organización que expresaba el posicionamiento de una izquierda que se encontraba en un proceso de reelaboración de su estructura teórica y de búsqueda de la renovación política. En esta ocasión queremos *forzar la memoria* a partir de un elemento de la cultura material de la tradición de izquierda: las revistas, con la finalidad de ampliar el espectro de nuestros recursos de reconstrucción de aquel año crucial.

Por otra parte, el estudio de las revistas ha ganado relevancia académica e intelectual en los últimos años (Crespo, 2010) y poco a poco se afianza como un tema dentro del espectro de las izquierdas, como lo muestra el más reciente libro de Adriana Petra (2018) para el caso argentino. En tanto que elementos que hacen parte de la cultura material, las publicaciones periódicas condensan una gran cantidad de energías e iniciativas. Su cristalización supone la existencia de un conjunto de proyectos, de redes intelectuales, así como la afirmación de un horizonte de significación dentro del cual ellas tienen un sentido. Es decir, las revistas no son productos espontáneos, contingentes o accidentales, sino expresión de voluntades que las llevan adelante, organizando con ello un sentido en la intervención en el debate público. Para el trabajo de la historia intelectual muestran, además, los límites y alcances de las épocas, los intentos de ruptura, renovación y resignificación. Desde múltiples puntos de vista su estudio se vuelve necesario: aquí referiremos entonces a dos revistas producidas por el PCM en la década de 1960.

El trayecto que recorreremos a continuación ubicará primero brevemente las discusiones en torno al papel del PCM dentro del marco general de 1968; posteriormente evaluaremos la existencia e historia de las revistas, para finalmente observar el eco

que tuvo aquel año crucial dentro de ellas. Con esto queremos alumbrar una dimensión hasta ahora no estudiada, sino tangencialmente, y profundizar en un esfuerzo de reescritura de la multiplicidad de fenómenos convocados al calor de 1968.

EL 68 Y LOS COMUNISTAS

El movimiento estudiantil de 1968 irrumpió en la vida de un partido que se encontraba en proceso de renovación. La década de 1960 será, en gran medida, la del intento de los comunistas por labrarse un camino distinto al que habían experimentado en los años anteriores. Varias anotaciones debemos hacer para entender la importancia de esta década: *a)* la transformación organizativa interna que dejaba atrás los lastres del “stalinismo”; *b)* la ruptura con la “ideología de la Revolución mexicana”; *c)* la ampliación de la dimensión cultural al seno del comunismo, expresado mediante publicaciones como *Nueva época* o *Historia y Sociedad*.

El PCM dejaba la década de 1950 viviendo una grave crisis que arrastraba durante dos largas décadas. La derrota del movimiento ferrocarrilero —del que se cumplen ya 60 años—, la insurgencia obrera más significativa a favor de la libertad sindical con respecto al Estado, era el síntoma más grave de un periodo de múltiples dificultades. Se trataba, sin lugar a dudas, del epicentro de las discusiones que posibilitaron los intentos de renovación. Fue en este periodo que el PCM, envuelto en una severa crisis política e ideológica, comenzó su proceso de recambio. No sin contradicciones, el proceso de reorganización llevó al abandono temporal de la figura del “secretario general” y su cambio hacia una dirección colectiva. Un proceso lleno de conflictos, como lo muestra que la decisión de pluralizar la dirección partidaria viniera de la mano de la expulsión de un pequeño grupo que proclamaba la tesis de la “inexistencia histórica” del partido en el que militaban: aquel sector tenía como corazón y mente más importante al afamado escritor José Revueltas. Abandonar algunos de los registros que provocaban la crisis partidaria no implicaba, necesariamente, dejar de lado prácticas tradicionales que se habían difundido a lo largo y ancho del mundo en la cultura comunista. Lo que comunmente se denomina el “stalinismo a la mexicana” o “stalinismo chichimeca” como lo calificó el propio Revueltas, sin embargo, no debe ser confundido con dichas prácticas, sino localizado en la relación entre el Estado y su ideología y los planteamientos tácticos del partido.

Fue en el XIII Congreso donde la reorganización del PCM comenzó a tomar forma: se renovaron 70% de los dirigentes y sólo se conservó a ocho de los 25 integrantes del Comité Central anterior; excluyendo al entonces secretario y preso político Dionisio

Encina. Según el relato de este congreso clandestino hecho en la revista *Política*: la sustitución de los viejos dirigentes se debió a que “adoptaron una actitud de franca resistencia a reconocer sus errores y a llevar a la práctica los acuerdos del partido” (1:15). La exclusión de estas figuras vendría acompañada de un giro táctico mucho más importante, pues hasta entonces Dionicio Encinas había sido la cabeza principal de un apoyo a veces declarado o encubierto a las distintas figuras que ocupaban la Presidencia. La salida del “stalinismo a la mexicana” debe comprenderse a partir del cuestionamiento de la ideología dominante, particularmente del carácter progresista y necesario de la “Revolución mexicana”.

Así, romper con la “ideología de la Revolución mexicana” se convirtió en uno de los puntos clave de la época. Esto implicó múltiples avatares, pues el peso y el poder de ella eran profundas y habían dejado huella en todos los ámbitos de la vida social. El pesado lastre que significaba la dependencia con respecto a las figuras del Estado, el partido oficial y el presidente había marcado la relación entre la izquierda y el resto de la sociedad. Durante dos décadas se había considerado que la revolución socialista a la cual aspiraban los comunistas mexicanos, pasaba necesariamente por la radicalización de la Revolución mexicana. El impulso civilizatorio de un Estado que había construido una poderosa ideología se dejaba sentir con fuerza, algunos, como Lombardo Toledano, un marxista positivista y pieza clave para reordenar los pactos sociales tras el conflicto armado, nunca abandonó tal idea progresiva de la historia con la correspondiente centralidad del aparato estatal en el cumplimiento de las “leyes” de la historia (Spencer, 2018).

Sin embargo, para la década de 1960 era claro que aquella ideología se encontraba agotándose en su anterior vigorosidad. Si el 68 inició una tradición política ya no anclada en el referente ideológico-estatal, era en gran medida porque a lo largo de la década se había construido una distancia con aquel régimen, sus instituciones y sus figuras representativas, particularmente la del presidencialismo. Dice el historiador Barry Carr que los comunistas:

Conservan muchos elementos de la antigua versión del PCM junto a importantes rupturas con las tradiciones pasadas. Los cambios más radicales eran que se invertían violentamente la caracterización del gobierno de López Mateos y se desechaba la idea tradicional de que era posible alcanzar el socialismo a través del marco establecido por la Revolución mexicana (1996:255).

Esta ruptura era clave para entender el ánimo entre los jóvenes dirigentes del 68 antes vinculados con el PCM, pero también en la recepción de la propia izquierda de la emergencia estudiantil.

Sobre este punto es propicio recordar las palabras de Manuel Terrazas, quien fuera director del periódico partidario *La Voz de México* ante la pregunta “¿cómo ve la Revolución mexicana?”: “Apagada. Su obra quedó maltrecha. Los postulados democráticos de la revolución de 1910 han sido liquidados. Existen sólo en el papel. La Revolución mexicana más que perdida, se esfumó” (*Política*, núm. 7:33). La “ideología de la revolución” pasó a ser motivo de crítica, esto se expresa con mayor claridad en el XIV Congreso del PCM, pero la actitud se extiende a elaboraciones como las de Revueltas, quien anteriormente había sido cercano a Lombardo Toledano. En su famoso *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Revueltas ejerce una crítica de manera teórica a la noción de Estado que se encubre bajo aquella ideología, contribuyendo a desmontar los mitos sobre los cuales se había levantado.

Respecto a la perspectiva democrática es a partir de la década de 1960 que ésta comienza a sedimentarse. Contrariamente a lo que se piensa, la izquierda comunista optó, desde muy temprano, por la perspectiva de construir un régimen democrático en el país. Por supuesto que la noción de democracia no debe ser entendida en una clave exclusivamente liberal o cuyo eje fuera primordialmente el electoral, que si bien era su motivo más evidente, de ninguna manera era el único considerado. Democracia para los comunistas significaba ante todo libertad de asociación y autonomía de las clases subalterna, en esto seguían a Marx en la idea de que si aquella palabra guardaba un sentido, era claramente en la capacidad asociativa y soberana de los productores. Esto será mucho más claro en las décadas de 1970 y 1980, en donde el acercamiento al “eurocomunismo” sellará definitivamente estas tendencias, sin embargo, no debe olvidarse el conjunto de experiencias de la época previa. Los primeros años de la década de 1960 fueron los del impulso del Frente Electoral del Pueblo (FEP) sobre la base de la movilización campesina que escapaba a las organizaciones del régimen, como lo muestra con claridad el trabajo de Juan de la Fuente (2016) a propósito de este periodo.

Sobre la ampliación de la perspectiva cultural de los comunistas, el motivo principal de este texto, vale adelantar que comenzaron a formularse perspectivas más amplias. A las tradicionales referencias del movimiento comunista como Marx o Lenin, poco a poco figuras como Antonio Gramsci comenzarían a ser de uso común. Las revistas que aparecieron en la década de 1960 supusieron el espacio de expresión de la intelectualidad comunista que gozó de autonomía y libertad, aun en los estrechos marcos que en ocasiones existía dado el clima autoritario del régimen político.

Es preciso, antes de pasar a la parte medular de nuestra exposición, insistir en las tensiones que se generan al hablar del PCM dentro del contexto de la movilización juvenil de finales de la década de 1960. Algunos de los principales representantes de la movilización habían roto con el partido en tiempos recientes, con los años algunos

plantearían visiones abiertamente anticomunistas, como en el caso de Gilberto Guevara Niebla. En tiempos recientes hemos visto el resurgir del interés por el papel del PCM, tanto para despejar las acusaciones de “traición”, como para plantear el impacto del 68 en la transformación partidaria. Cabe destacar a ex dirigentes como Álvarez Garín, quien insistió en *La estela de Tlatelolco* que: “[...] la calificación de traición estuvo justificada porque el PCM mostró una insensibilidad y falta de respeto muy grande hacia la gente” (1998:202). El dicho de Álvarez Garín está relacionado con la posición alentada desde el partido en torno al levantamiento de la huelga, antes y después del 2 de Octubre. Algunos años después, en el marco de la presentación de las memorias de otro ex representante estudiantil, Raúl Jardón, el propio Álvarez señalaría que era equivocado haber tratado a los comunistas de traidores.

Cabe destacar, en esta sintonía, las tesis de Kevin Simón (2013) y el libro *68. Conspiración comunista* de Martínez Nateras (2011). De a poco estas obras han permitido ampliar la perspectiva del lugar de aquella organización en el marco de las discusiones al interior del movimiento. Ello fue posible en gran medida porque quedaron superadas las fobias anticomunistas de la Guerra Fría y ha procedido la ampliación de testimonios más allá de los más conocidos, de ahí que hoy es posible hacer un balance más preciso.

DISCUSIÓN PÚBLICA Y REVISTAS

El historiador Carlos Illades fue quien abrió un sendero para valorar la intervención de las izquierdas en el debate intelectual. En *La inteligencia rebelde* (2012), brindó un primer acercamiento a la problemática desde un mirador muy específico y rico: la existencia de las revistas y su incidencia en el debate público. Illades se centra en las que tienen un calado teórico importante, comenzando su indagación por la revista *Historia y Sociedad*, aunque abarcando un amplio espectro político, teórico e ideológico.

Las revistas han sido y siguen siendo un medio de expresión de proyectos colectivos, que suponen siempre una gran concentración de fuerzas y energías. En tiempos recientes en donde las revistas en general y las publicaciones de izquierda en particular han sido consideradas un objeto de estudio. En el ámbito latinoamericano destacan hoy las investigaciones sobre publicaciones como *Pasado y Presente* y *Los libros* en Argentina; *Pensamiento Crítico* y *Casa de las Américas* en Cuba o *Punto Final* en Chile. En México esta tarea ha comenzado a realizarse lentamente.

De las diversas publicaciones que circularon por aquella época cabe destacar algunas que se convirtieron en punto de reunión de distintas posiciones políticas: *Problemas*

Agrarios e Industriales de México y Política; ambas dirigidas por Manuel Marcúe Pardiñas. Es preciso mencionar ambas revistas, pues fueron canales de expresión de distintas tendencias que terminarán confluyendo en la renovación de la izquierda mexicana. En la década de 1950 *Problemas Agrarios e Industriales* representó un espacio fértil de deliberación y prefiguró algunas de las posiciones de lo que luego se encontrarán en el Movimiento de Liberación Nacional (Aguilar, 2012). *Política*, sin embargo, es una revista más relevante cuya importancia no ha sido delineada en todos sus contornos, pues en ella ya se condensan las múltiples posiciones de la izquierda durante la década de 1960. Es de hacer notar que ésta era una revista en las que se sentaban líneas de demarcación más claras entre las distintas tendencias, a partir de polémicas y debates, pero era también una revista informativa sobre el panorama político en su cotidianidad. Aunque con dificultades, la publicación expresaba la búsqueda de un equilibrio entre posiciones definidas y otras que apenas comenzaban a gestarse, generando un rico espacio de confrontación y debate. Es por eso que la desaparición de *Política* en 1967 abre un hueco enorme al momento de la insurgencia de los estudiantes unos meses después.

Las revistas comunistas que analizaremos a continuación aparecieron en momentos distintos, tuvieron objetivos dispares y recibieron los acontecimientos de 1968 de manera diferenciada. Por un lado tenemos la revista *Nueva época*, poco estudiada hasta el momento y que expresa una forma clásica de la cultura comunista: en ella acontecen debates internos, se exponen las resoluciones de congresos y se da cabida para alguna intervención de tipo teórica (reseñas de novedades en inglés, presentación de inéditos de Marx o las clásicas traducciones de filósofos soviéticos). Fue dirigida por Gerardo Unzueta, apareciendo su primer número en 1960 y el último en 1970. Por el otro tenemos a *Historia y Sociedad*, una revista más conocida y que en los últimos tiempos ha generado un cierto debate entre Enrique Semo y Roger Bartra, el primero fue director de la revista en sus dos épocas y el segundo integrante del comité de redacción y posteriormente fue co-director. Ambas son expresiones de las tensiones al momento de encarar el proceso de renovación al seno de la izquierda.

UN SUSURRO QUE SE VUELVE GRITO

¿Qué rastros podemos encontrar del 68 en las publicaciones comunistas?, ¿cómo se expresó la radicalidad de la juventud en sus páginas?, ¿qué efectos tuvo la presencia de ese acontecimiento en la tentativa de renovación partidaria? Dividiremos nuestra exposición de acuerdo con las dos revistas. Comenzaremos con *Historia y Sociedad* y

nos detendremos en *Nueva época*, tratando de responder estas interrogantes y además señalando los puntos más importantes que nos invitan a pensar los intentos de renovación de una tradición política.

Como dijimos, *Historia y Sociedad* apareció en 1965, publicó 16 números en su primera época, apareciendo el último en 1970. Son pocos los aparecidos en la fase del movimiento, apenas el número 12 y el 13-14 que fue doble, son los que permiten un acercamiento al impacto de aquel año en la intelectualidad comunista y su respuesta. En ambos números se incluye un amplio suplemento, llamado: *México 1968: contra la represión, por la democracia*, además de una larga nota introductoria de la que hablaremos a continuación.

Desde el punto de vista de lo otorgado por la revista podemos señalar que en *Historia y Sociedad* se tejieron dos perspectivas. Minoritaria fue la primera, es decir el posicionamiento de los comunistas en la coyuntura y la segunda y más importante, refiere a que en esta revista se labró en gran medida el primer *archivo* sobre el movimiento estudiantil. En ella se mostraron los distintos posicionamientos, a partir de las declaraciones del PCM y de la organización estudiantil afin a él. Es, por ejemplo, el caso de la publicación del comunicado de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) del 28 de julio, firmada por Arturo Martínez Náteras. La declaración ante la detención de militantes del 26 de julio tras el allanamiento de la oficina del Comité central; la declaración del Presidium del 30 de julio con la finalidad de responsabilizar a las autoridades por los atropellos de los estudiantes.

Aunque en un espacio breve, se condensan las principales declaraciones de los actores de la época. Más allá de los posicionamientos de los órganos del partido, la importancia de *Historia y Sociedad* es en sí misma un primer *archivo* del movimiento, que excede las fronteras partidarias. Es importante señalar un antecedente previo, ubicado en el número 5 en 1966, donde la revista había logrado captar la importancia del entonces emergente movimiento estudiantil. En ese número apareció un suplemento coordinado por Boris Rosen, Raquel Tibol, Enrique Semo y Ramón Ramírez con motivo de la necesidad de una nueva reforma universitaria que democratizara a las instituciones educativas. En aquel momento Semo y Ramírez eran profesores universitarios de una larga trayectoria en la Escuela de Economía y se habían posicionado como dos intelectuales marxistas de importancia, en tanto que Tibol y Rosen eran parte del corazón de la intelectualidad comunista por fuera de la universidad. Semo sufrió persecución política y un intento de secuestro, por esta razón no se encontraba en México, sino en Berlín, cuando el 68 emerge. Muchos años después relatará que en el Berlín oriental también se percibía un ánimo de renovación de los ideales socialistas, motivados en gran medida por el ascenso de Alexander Dubček en Checoslovaquia.

Ramírez será a la postre el personaje que logre captar de mejor forma la diversidad de posiciones del movimiento estudiantil. Así, *El movimiento estudiantil de 1968* (1969) no debe comprenderse sólo como una intervención individual de un profesor universitario, sino como una iniciativa que parte de las actividades que el exiliado español tenía como militante comunista. Ya desde las páginas de *Historia y Sociedad* se dio la posibilidad de conocer los posicionamientos de las asociaciones de profesores, como los de las escuelas de Economía, de Ciencias Biológicas, de Ciencias Políticas, El Colegio de México; también de la CNED y la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas. Dentro de las organizaciones partidarias es pertinente recordar que en *Historia y Sociedad*, además de los planteamientos del PCM, se dejaron escuchar los del PPS, que en ese año sostuvo la tesis de la existencia de una conspiración “antinacional” a cargo de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en contubernio con el ultraizquierdismo, aunque también expresó su solidaridad con los comunistas ante la represión sufrida.

En el número doble 13-14 de julio-diciembre aparece firmado por Ramírez el texto “El movimiento estudiantil popular: algunas apreciaciones” (1968). Dicho trabajo fue dividido en dos secciones tituladas “El movimiento frente a sí: sus aciertos, errores y perspectivas” y “Su ubicación dentro de la situación política y social del país”, respectivamente. Ambos textos fueron reproducidos en el libro de 1969, sin embargo en una disposición distinta respecto de las secciones. El apartado VI del libro es el texto con el que abre Ramírez su participación en la revista comunista, en tanto que el apartado III es el segundo en presentarse en ésta. Además de ello, se hacen breves variaciones de algunos segmentos de ambos textos, aunque sin modificar el contenido general.

Lo que queremos señalar es que si bien las páginas de *Historia y Sociedad* se conforman de hecho como la materia prima sobre la cual Ramírez trabajará después ambos volúmenes de su monumental obra, ella es clave, pues recopila un conjunto de declaraciones, posicionamientos y manifiestos (en su tomo segundo), en tanto que ofrece una reflexión amplia y una cronología detallada (en el tomo primero). La reflexión de Ramírez es, como puede esperarse, bastante justa con la actuación del PCM, al que le adjudica un papel importante, aunque no central. Es el movimiento, con sus perspectivas y sus límites, el objeto de análisis. No se trata de una hipostación ni de una versión comunista de la historia del movimiento, aunque sea un militante el que la escriba. Como en otros autores, lo más importante del movimiento es su capacidad de articular una movilización masiva a partir de demandas democráticas.

Señalamos el carácter de *archivo* pues los documentos –algunos incluso de organizaciones o comités que puede suponerse desaparecieron rápidamente– dan prueba de la pluralidad de posiciones que se jugaban alrededor de la movilización estudiantil. Así, desde el momento inmediato a los acontecimientos Ramírez nos

entrega una visión mucho más amplia, recopilada primero en las páginas de la revista y después ampliada sustancialmente en el libro de 1969. Lo más importante es que aquel panorama permitió que el autor trazará grandes líneas que hasta nuestros días son de utilidad, tanto en lo que atañe al proceso organizativo del movimiento como a las reacciones frente a él por parte de partidos, el gobierno y la prensa. Debemos tener en cuenta que se trata de una interpretación política, es decir, de lo que públicamente se decía y discutía y no de una reflexión sobre la oscuridad de la decisión que llevó al poder a masacrar el 2 de Octubre.

Quizá sea este último elemento el más significativo dentro de la perspectiva proyectada por *Historia y Sociedad*, justamente es que se centró la dimensión política y de disputa del sentido común en torno a la conquista y necesidad de la democracia. Si bien el tema de la represión –particularmente la emblemática fecha del 2 Octubre– aparece como un hito, el conjunto de la interpretación se moviliza en torno a la capacidad de la articulación de los sectores populares con el movimiento estudiantil en un doble carácter: democrático (al interior) y democratizante (hacia la sociedad). El *archivo* construido por Ramírez y expuesto en la revista comunista en el transcurso mismo de los acontecimientos, fue lo que le permitió un primer balance bastante preciso.

Ahora vayamos con la segunda publicación objetivo de nuestra investigación. En el número 18 de *Nueva época*, fechado en agosto del 68, es perceptible la tensión provocada por los acontecimientos represivos de julio. El número en su conjunto toca temas diversos que poco o nada tienen que ver con los acontecimientos. Ello es claro en la centralidad que tienen las revisiones de distintos problemas alrededor del texto de *El capital*. Sin embargo, existen algunos elementos que nos permiten sostener ya los primeros efectos del 68 en tanto *acontecimiento global*.

En primer lugar, se juegan los elementos que discurren por la situación nacional, tanto la editorial como la aparición del primer manifiesto de los tres que el partido lanzará a la opinión pública durante la segunda mitad de ese año. Es preciso detenerse en ellos para ubicar que en *Nueva época* se juega tanto la formulación de la práctica política de los comunistas como el emplazamiento del *68 global*.

La editorial señala que estando en imprenta la edición de la revista se dieron los hechos de violencia y represión de julio. El deslinde de la revista es claro: se corrobora la política represiva y la utilización del argumento de la “conspiración comunista” para detener a cuanto opositor se encuentre. La denuncia de los allanamientos del local del PCM, de su imprenta y de la CNED sólo corroboran la política del presidente Díaz Ordaz. De seguir por este camino, señala la editorial: “el país se vería sometido a una etapa de bruscos retrocesos y oscura reacción, que afectaría no sólo a los comunistas o a los opositores de otras tendencias, sino a toda la corriente democrática que se ha formado

históricamente en el país”. Si esta es la valoración de una posibilidad que el PCM indicaba como posible, su diagnóstico del conjunto se plantea como de largo aliento:

La lucha por la democracia ha entrado en una nueva etapa, en la etapa de su conversión de grandes masas. La clase obrera es la iniciadora de este movimiento: eso era en esencia lo que significaban las luchas de los mineros de 1950, de los telegrafistas, petroleros y maestros en 1957 y, sobre todo, las heroicas acciones de los ferrocarrileros de 1958-1959. La burguesía aplastó por la violencia estas acciones, pero hoy levantan la misma bandera los estudiantes, la intelectualidad y otros sectores populares (*Nueva época*, núm. 18:4).

Este diagnóstico es pertinente valorarlo con justeza, pues muestra la captación de un movimiento democrático que, en las condiciones de dominio de la “ideología de la Revolución mexicana”, logró plantear límites al control estatal. La década de 1950 fue de intentos de desmontaje del principal aparato de dicho régimen político: el corporativismo. El 68 vendría a coronar esa tendencia con el desmontaje del lugar central del presidencialismo. La perspectiva de captar en conjunto las movilizaciones muestran una tendencia en el seno de la sociedad: la perspectiva democrática.

En tanto que el manifiesto fechado el 2 de agosto cuyo título fue “Es la hora de defender con dignidad los derechos democráticos del pueblo” expresa la primera valoración de los comunistas a propósito de la coyuntura, signada tanto por la emergencia estudiantil como de la brutal reacción gubernamental. Colocando el énfasis en la perspectiva democrática, señalan:

Lo que hoy está en juego es el respeto a los derechos ciudadanos establecidos en la Constitución General de la República. El dilema actual está entre la implantación de una dictadura policiaca y militar o el desarrollo de un auténtico régimen democrático, en el que todas las corrientes políticas, lo mismo que los ciudadanos sin partido puedan expresar con libertad sus opiniones (*Nueva época*, núm. 18:LIV).

La valoración local del fenómeno se mueve en el conjunto de las coordenadas en las que se encontraba el partido en su momento de reevaluación teórica y superación de la crisis: la necesidad de la democracia y la crítica de la “ideología de la Revolución mexicana” eran el centro de aquella situación.

Lo más importante del número, sin embargo, es la impronta del *68 global*, expresada en la aparición del *Programa de acción del Partido Comunista de Checoslovaquia*. A manera de suplemento, los comunistas mexicanos recibían aquel intento de renovación que colocaba la democracia, la participación y la “vía nacional” como una respuesta

a la crisis que ya se dejaba sentir en el socialismo europeo. El *Programa*, insistía en la necesidad de asegurar un conjunto de derechos políticos, además de la libertad de expresión y de movilidad, así como un intento de deshacerse del centralismo burocratizado, era la expresión de una de las corrientes más avanzadas dentro del “campo socialista”. Su aparición en español en gran medida estuvo mediada por la figura de Gerardo Unzueta.

El entonces ya maduro militante se encontraba en el país europeo, donde se encontró con el más importante dirigente e impulsor de aquella iniciativa reformista, Alexander Dubček:

Nuestra obra principal es el “Programa de Acción”. Porque lo que hacemos en Checoslovaquia, aquí queda. Pero el “Programa...” es un mensaje a todos los que aspiran al socialismo. No queremos dictar un modelo, pero estamos mostrando cómo resolvemos nuestros problemas, y esa experiencia será útil para todos. Vivimos una honda crisis social. Hemos cometido muchos errores. Deseamos explicar abiertamente cuáles son los errores y las deformaciones cometidas y cuáles fueron sus causas, para corregirlos con la mayor rapidez posible. La situación nos impone cambios en la estructura del país. Allí pondremos toda nuestra atención (Unzueta, 1992:30).

Cabe señalar que Unzueta, a la postre, será uno de los principales presos políticos tras la represión del 26 de julio del 68, al encontrarse en las instalaciones de la imprenta en donde se producía *La Voz de México*. El testimonio de su estancia en la entonces Checoslovaquia socialista, aparecido varias décadas después, abre la posibilidad para entender en cierta medida la simpatía que el PCM tuvo con el intento reformista de Dubček y que se expresará con mayor claridad tras la invasión a Praga.

Volviendo al tema de la revista comunista *Nueva época*, es pertinente detenerse en el número 19, de enero de 1969. Pasada ya la parte más importante de los acontecimientos, Martínez Verdugo, secretario del PCM publica uno de los documentos trascendentales producidos en aquella coyuntura. Cabe señalar que este texto ha sido referido por los especialistas más jóvenes (Jiménez, 2011:112), aunque no citando la publicación original, sino en versiones aparecidas posteriormente. Así, la centralidad de este texto aparecido en la revista teórica del partido se expresa como un acto de demarcación de las principales líneas de crítica hacia la actuación del PCM durante la coyuntura.

Es pertinente detenernos en dicha publicación, pues expresa, como decíamos, las principales líneas de demarcación y sienta las bases para un balance general de la época. El texto de Martínez Verdugo se mueve en varios planos, que a continuación trataremos de hilvanar. Por un lado, se trata del planteamiento de que el PCM no sólo

juzga los acontecimientos, sino que participa de ellos. Por el otro, la caracterización del movimiento en cuanto tal: “Según la concepción de los comunistas, el movimiento estudiantil-popular pertenece por entero a las masas de los estudiantes” (Martínez, 1969:5). El plano resulta pertinente si pensamos que, durante décadas, más de uno de los dirigentes del CNH insistieron en la *traición comunista* que, entre otras cosas, tenía como eje la acusación de que el PCM había dado la espalda al movimiento cuando no había logrado hegemonizarlo en sus órganos de dirección o representación. Ya hemos señalado arriba otras de las acusaciones lanzadas respecto al hecho de que en su aspecto directivo el PCM insistió en el levantamiento de la huelga a finales de septiembre, aunque no necesariamente los jóvenes comunistas siguieron ello a pie juntillas.

Quizá sea porque sólo después de disipada la atmósfera asfixiante de la Guerra Fría fue que el texto de Martínez Verdugo tuvo un impacto, cuando estudios menos comprometidos con la narrativa de los ex representantes del CNH, traten de aclarar el papel del PCM y busquen revalorar el conjunto de la experiencia. Y es que, en aquel documento, se expresa ya el cuidado de deslindar la participación activa dentro del movimiento con respecto al supuesto intento burocrático de control de éste: “La discusión en torno al papel del Partido y la Juventud Comunista en el movimiento estudiantil-popular no la hemos promovido nosotros. Pero no la rehuimos” (Martínez, 1969:5-6). El dirigente comunista destaca el peso de la presencia de la propaganda gubernamental que apuntalaba el anticomunismo, pero también la presencia de maoístas y ex comunistas en la propagación de la idea de cierto oportunismo o de una franca traición: “Ni el movimiento estudiantil comenzó como una ‘conjura comunista’ ni es verdad que después del 2 de octubre los comunistas se hubieran apoderado de su dirección o estuvieran en capacidad de decidir por sí solos la suerte del movimiento” (Martínez, 1969:6). Más aún, deslindándose de la trillada acusación de autoproclamación de “vanguardia”, escribe: “El Partido Comunista no se considera a sí mismo el único partido o agrupamiento revolucionario que existe en el país, a pesar de la campaña insidiosa de los que quieren atribuirnos este exclusivo primitivismo” (1969:6). Todas estas valoraciones del papel del PCM van acompañadas del elemento que se considera el central: la capacidad que tuvo el movimiento estudiantil de movilizar las aspiraciones democráticas de sectores significativos de la sociedad a partir de un programa y demandas adecuadas.

Pero si el reconocimiento de la centralidad de la democracia era el núcleo que permitía la movilización, Martínez Verdugo insiste en que el PCM ni negoció, ni era tampoco el principal responsable de las acciones posteriores al 2 de Octubre, por ello el balance final es delineado así:

Lo principal hoy es dotar al movimiento de una perspectiva clara que conduzca a una nueva ofensiva por la democratización del régimen político. Esta perspectiva fue expuesta con brillantez por el Manifiesto a la Nación “2 de Octubre”, que pasará a la historia como ejemplo de la madurez política de que tan ayunos están el gobierno, sus partidos registrados y los grupúsculos suevoizquierdistas (Martínez Verudgo, 1969:15).

El texto, presentado en la revista teórica del partido, es una declaración frente a las acusaciones que desde el 68 circularán en torno al papel desempeñado en esos meses, posiciones que se manifestaron desde Lecumberri e involucraron tanto a militantes como a no adherentes (Jardón, 1998:132). La posterior aparición de libros como el ya citado de Martínez Nateras, contribuye a colocar en un mejor balance la participación de los militantes de aquel partido. En la revista se expresa la posición política y táctica, a partir de un documento que ha resultado importante para pesquisas posteriores, cuando se difuminó el ambiente anticomunista que operaba como filtro de lectura de las posiciones políticas.

Sin embargo, más allá de los dilemas en los que el 68 metió a los militantes partidarios, la revista *Nueva época* expresó también la posibilidad de pensar los fenómenos nacionales y globales desde otros puntos de vista, que resultan sorprendentes para quienes esperan una historia de sumisión o subordinación ante el Estado soviético. Volviendo a la revista que en este momento estudiamos, es preciso mantener las dos vías: por un lado, la de la comprensión de la profunda huella del movimiento en la sociedad, que quedará señalada a partir de los efectos producidos más allá de las fronteras de la vida partidaria y, por el otro, la de una expresión política que no es ajena a los movimientos que transforman las coordenadas globales de la disputa y el conflicto.

Dentro de la primera línea –en la que el partido se asume como un sector de la sociedad y no como una sociedad encerrada en sí misma– se encuentran algunas contribuciones que aparecieron en números posteriores a 1968. Cabe destacar principalmente la contribución de Encarnación Pérez (1969) en el número 19 y de Gerardo Unzueta en el número 20 (1969). El primero hace un balance crítico de la disposición presidencial de “debatir” sobre el delito de disolución social tras el año 1968. Aunque reconoce que no hay voluntad ni posibilidad de modificar en lo inmediato, señala que ha sido un logro del movimiento colocar ese “delito” como uno de los mecanismos de defensa del poder frente a quienes pretenden democratizar la sociedad. Una lectura que opere a partir de la coordenada que sugerimos, permite observar como no sólo se ha jugado ya una crítica práctica del corazón del Estado (el corporativismo), sino que el movimiento del año anterior vino a coronar aquella dimensión crítica con un añadido: el desmontaje del presidencialismo como espacio de resolución de los conflictos sociales. Una huella del 68, captada en la disposición del texto comentando,

justamente atiende a que el presidencialismo es un instrumento desgastado, a partir del cual no es posible buscar opciones de construcción democrática.

El segundo texto, de la pluma de Gerardo Unzueta, que como dijimos se encontraba en calidad de preso político tras la represión de julio del 68 (y lo fue durante ocho largos años) (De Pablo, 2018:488), no hace referencia inmediata al movimiento, aunque se desprende del balance que el autor hace. El texto “Réquiem para un sarcófago (notas sobre la ideología burguesa de la Revolución mexicana)” debe ser leído en sintonía con sus *Cartas desde la cárcel: sobre el movimiento estudiantil-popular* publicado igualmente en 1969. Las líneas por las que discurren ambos ensayos son sugerentes si comparamos otras evaluaciones globales que se darán con posterioridad. La más llamativa de ellas es que no se acentúa de manera especial la masacre del 2 de Octubre. Más bien ésta es comprendida en la lógica del “oscurantismo político”. Es decir, lo que Unzueta nos presenta es un gran diagnóstico de la época histórica en la que se desenvuelve el movimiento; pero dicha evaluación no habría sido posible sin la insubordinación obrera de finales de la década de 1950, ni de la de los estudiantes.

En ambos textos se apuntala un tema que quedará plasmado: la necesidad de pensar el agotamiento del régimen político. A ello le llama Unzueta una época de “oscurantismo político” (Unzueta, 1969a:11) que cierra los caminos de la democracia, en cuyos elementos más visibles se encuentra la represión y la violencia, pero cuya explicación profunda se obtiene de la forma en que el grupo en el poder opera desde el Estado la captura de las fuerzas y ánimos de auto-organización de la sociedad. Lo que en los primeros años de la década de 1960 se formulaba como una ruptura con la ideología dominante, a finales de esa década se consumaba: tanto el movimiento ferrocarrilero como el estudiantil venían a ser los grandes movilizados de una imaginación política que buscaba salirse de la cárcel ideológica impuesta por la “Revolución mexicana” y el grupo en el poder que se beneficiaba –se enriquecía– de ella. Es en este sentido en el que la actuación del partido como organización o de sus militantes juveniles que envueltos en la propia dinámica del movimiento pasan a segundo plano, como ejemplo puede observarse en el testimonio de Marta Servín, quien señala que su militancia comunista no le impidió contravenir la línea táctica del partido (Ascensio, 2018:193). El impacto del 68 en el comunismo consiste en que, finalmente, los vínculos con aquella ideología se encuentran pulverizados, dando paso a la necesidad de la apertura democrática como *leitmotiv* de la política de izquierda.

Leer la producción carcelaria de Unzueta de 1969 transita por una misma senda, por un lado, la crítica de la “ideología burguesa de la Revolución mexicana”, por el otro las lecciones del 68. En el primer ámbito, el mito se mueve a partir de tres elementos: la invariabilidad del régimen; su carácter excepcional y su dimensión

nacional y no clasista. Concluyendo: “La necesidad de formular estas categorías para darle contenido perenne, excepcional y nacional-popular al régimen capitalista en México, conduce inevitablemente a falsificar el desarrollo histórico y la propia realidad presente” (Unzueta, 1969:27). En el segundo rubro se coloca la innovación política y la capacidad de articulación de fuerza de los estudiantes a partir de la huelga estudiantil, las manifestaciones multitudinarias y sobre todo la articulación de las brigadas políticas como espacios democráticos de acción, como elementos fundamentales. Concluyendo: “[...] las formas de lucha adoptadas por el movimiento estudiantil permitieron a éste convertirse en la principal acción de lucha por la democracia de los últimos 30 años” (Unzueta, 1969a:34). Sin duda, con un lenguaje mucho más contemporáneo, Draper coloca esta capacidad del movimiento en los siguientes términos: “Su carácter desmitificador de lo político emerge desde la demanda de una democracia real como derecho de participación igualitaria en el hacerse de la historia” (2018:74).

Hasta aquí la evaluación del movimiento ha girado en torno a dos coordenadas: la participación del comunismo en el movimiento, pero también el impacto que el partido tiene de los alcances sociales de la movilización estudiantil. Un registro más aún puede ser explorado, se trata de la producción en torno a los sucesos globales. Algunas indicaciones hemos dado anteriormente. Del lado del *68 global* es preciso remarcar la aparición del texto de Manlio Tirado en el ya citado número 19 de enero de 1969, titulado: “El problema checoslovaco y la posición de principio del PCM”. Junto a los documentos del momento reformista del partido checo, es este el otro documento significativo de la producción propiciada por el *68 global*.

Ahí el autor señala las rutas críticas de la invasión soviética al país “hermano”. El texto de Tirado permite observar cómo la apertura del comunismo mexicano tuvo entre sus componentes el rechazo a la legitimación de la invasión soviética. Claramente definido como “gravísimo error” (1969:53), se aducía que “la intervención no se justifica” (Tirado, 1969:53). La condenada de la acción militar por parte de las tropas del Pacto de Varsovia era acompañada de una defensa del proyecto reformista de Dubček. Desde el punto de vista de la dirección comunista, expresada por el autor referido, se aducía que aquel conjunto de iniciativas pretendía la ampliación de la democracia, la derrota del burocratismo, la renovación de métodos de dirección, la superación de la crisis económica y, en conclusión: “El fin se trataba de avanzar, de vigorizar el socialismo” (Tirado, 1969:53). Todo ello, a pesar de que existieran efectivamente posiciones anticomunistas, las cuales, aducía la pluma de Tirado, se encontraban contenidos gracias al respaldo popular al proyecto del partido hermano.

Además de este doble diagnóstico en donde se consideraban tanto los impulsos renovadores, como los errores por parte de quienes decidieron la acción intervencionista,

Tirado señalaba una posición principista: “Es un hecho que la intervención militar no la aprobaron ni el pueblo, ni el Partido Comunista, ni los organismos estatales o gubernamentales. La acción se realizó contra la voluntad de la inmensa mayoría de los checoslovacos. Y es aquí donde entran las consideraciones de principio” (1969:55). Es decir, se ponía a discusión el lugar y espacio de la soberanía de la decisión en el mundo socialista y la existencia o no de un “centro” decisorio. En sintonía con el rechazo de la acción, señala que dentro del movimiento comunista internacional se debe respetar la equivalencia entre organizaciones y rechazar cualquier intento de subordinación táctica o estratégica por parte de algún centro decisor. Esto resulta importante, pues vuelve a marcar distancia con respecto al dominio soviético sobre los partidos.

LAS DIFICULTADES DE UNA (NUEVA) ÉPOCA

Después de 1968 las distintas vertientes de la izquierda se vieron en la necesidad de trazar nuevos caminos. En su reciente libro sobre la historia de la izquierda en México, Carlos Illades (2018) ha señalado las derivas de las izquierdas nacionalistas y comunistas, colocando como un efecto del 68 la proliferación de versiones ultra izquierdistas que cuestionaron y rompieron con las matrices organizativas existentes, posibilitando la proliferación de nuevos grupos armados. La muerte de Lombardo Toledano en ese mismo año, sancionó simbólicamente el fin de una época y de una forma de entender la relación con el Estado nacido de la Revolución. El comunismo no estuvo exento de esta situación y en el periodo inmediato estará inmerso en las contradicciones y dilemas producidos por la represión.

En una entrevista algunas décadas después de los sucesos, Martínez Verdugo (1998) era cuestionado sobre la perspectiva del comunismo mexicano con respecto a los movimientos estudiantiles. En ella, se señalaba la posición favorable del partido con respecto a otras experiencias, particularmente las europeas. El exdirigente comunista señalaba ahí el cuestionamiento que recibió tanto de franceses como de soviéticos a propósito de la vinculación y apoyo del PCM a las movilizaciones. Esto vuelve aún más paradójica cierta reproducción del papel del partido como de “traición” o de “burocratismo” que durante algunas décadas circuló. Sólo cuando la marea anticomunista se desvaneció es que el tema ha sido reabierto con ánimo de discutir una de las múltiples aristas de la moviliación.

En lo que respecta al trabajo que aquí presentamos hemos puesto atención en lo que expresaron dos revistas comunistas. De *Historia y Sociedad*, asociada a lo más avanzado de la intelectualidad comunista hemos destacado su carácter de *archivo*. En

ella se condensaron las posiciones, las tomas de postura y la intervención interpretativa de Ramón Ramírez Gómez, quien más tarde aportaría una producción que se volvería referencia obligada.

En cambio *Nueva época*, una revista asociada con la vida partidaria y en gran medida representación de la forma en la que la cultura comunista expresaba sus ideas, debates y posicionamientos, muestra una influencia más amplia del 68. Ello en un doble sentido, tanto en la demarcación de la táctica de los comunistas hacia las movilizaciones —la discusión sobre las polémicas que generaba su presencia— como en los impactos tanto nacionales como internacionales, producto de los diversos acontecimientos de aquel año. En este último segmento es pertinente señalar la ruptura definitiva con la “ideología de la Revolución mexicana” y sus distintas manifestaciones; así como el mayor distanciamiento con respecto al socialismo burocratizado, a partir del apoyo a las reformas emprendidas en Checoslovaquia.

El 68 para el comunismo mexicano suscitó un impacto diferenciado, en tanto que permitió profundizar la crítica al régimen y continuar por una senda de reorganización teórica e ideológica, que lo llevaría unos años más tarde a confluir con las vertientes “eurocomunistas”. El hito del 68 marcó un punto de inflexión, no sólo para la vida nacional, sino para la que entonces era la principal fuerza de la izquierda.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Monteverde, Alonso (2012). *Por un México libres y menos injusto*. México: Cenzontle.
- Álvarez Garín, Raúl (1998). *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del movimiento de 1968*. México: Grijalbo.
- Ascensio, Esteban (2018). *1968: más allá del mito*. México: Laberinto.
- Carr, Barry (1996). *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. México: Era.
- Crespo, Regina (2010). “Introducción”, en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*. México: CIALC, pp. 9-34.
- De la Fuente, Juan (2016). *Contra viento y marea: la pertinaz historia del movimiento campesino y las izquierdas*. México: UACH.
- De Pablo, Óscar (2018). *La rojería: esbozos biográficos de comunistas mexicanos*. México: Debate.
- Draper, Susana (2018). *México 1969. Experimentos de libertad: constelaciones de la democracia*. México: Siglo XXI Editores.
- Illades, Carlos (2012). *La inteligencia rebelde*. México: Océano.
- (2018). *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*. México: Océano.
- Jardon, Raúl (1998). *1968. El fuego de la esperanza*. México: Siglo XXI Editores.
- Jiménez Guzmán, Héctor (2011). “El 68 y sus rutas de interpretación: una crítica historiográfica”. Tesis de maestría en historiografía de México. México: UAM-Azcapotzalco.

- Martínez Náteras, Arturo (2011). *El 68. Conspiración comunista*. México: UNAM.
- Martínez Verdugo, Arnoldo (1969). “El movimiento estudiantil-popular y la táctica de los comunistas”, *Nueva época*, núm. 19, enero, pp. 5-15.
- (1998). “Comprometidos con el Movimiento. Entrevista con Arnoldo Martínez Verdugo”, *Memoria*, núm. 115, septiembre, pp. 4-10.
- Pérez, Encarnación (1969). “El debate acerca de los delitos de disolución social, legítimo triunfo del movimiento estudiantil-popular”, *Nueva época*, núm. 19, enero, pp. 47-52.
- Petra, Adriana (2018). *Intelectuales y cultura comunista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, Ramón (1968). “El movimiento estudiantil-popular: algunas apreciaciones”, *Historia y Sociedad*, núms. 13-14, julio-diciembre, pp. 4-20.
- (1969). *El movimiento estudiantil de México. Julio a diciembre de 1968*. México: Era.
- Simón Delgado, Kevyn (2013). “El Partido Comunistas Mexicano y el movimiento estudiantil de 1969: enfrentamiento, aportación e impacto”. Tesis de licenciatura en historia, Universidad Autónoma de Querétaro.
- Spencer, Daniela (2018). *En combate: la vida de Vicente Lombardo Toledano*. México: Debate.
- Tirado, Manlio (1969). “El problema checoslovaco y la posición de principio del PCM”, *Nueva época*, núm. 1, pp. 53-57.
- Unzueta, Gerardo (1969). “Réquiem para un sarcófago. Notas sobre la ideología burguesa de la Revolución mexicana”, *Nueva época*, núm. 20, febrero, pp. 13-32.
- (1992). “Las dos primaveras de Dubcek”, *Memoria*, núm. 49, diciembre de 1992.
- (1969a). *Cartas desde la cárcel: sobre el movimiento estudiantil-popular*. México: Fondo de Cultura Popular.